

(14)

CORONACION

DE LA

VIRGEN DE LA ESPERANZA.



MÉXICO

IMPRESION DE IGNACIO ESCALANTE

CALLES DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1886

BT660

.E8

C6

c.2

49

BT 660

.E8

C6

C.2

99



1080026822



CORONACION

DE LA

VIRGEN DE LA ESPERANZA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Universitario y Tellez
MÉXICO.

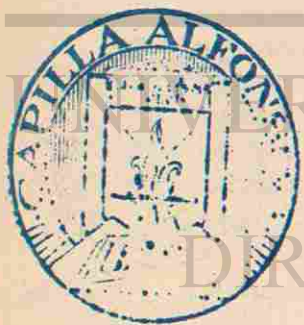
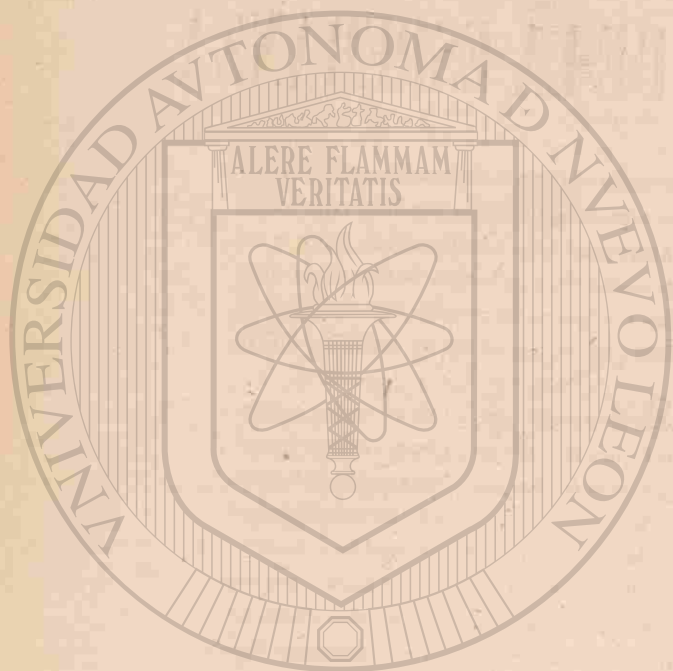
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,
Bajos de San Agustín, núm. 1.
1886



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

42201

BT660
1958
1952



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Jacona es una pintoresca aldea, á cuatro kilómetros de la ciudad episcopal de Zamora, en la República Mexicana. Además de la espaciosa iglesia parroquial posee un santuario, en donde se venera desde tiempo inmemorial una imagen de María Santísima, esculpida en madera, que se apellidó primero *Nuestra Señora de la Raíz*, cambiándose luego su advocación en la de *Virgen de la Esperanza*.

En 1867 fué nombrado cura interino de dicho pueblo, el Presbítero D. Antonio Plancarte y Labastida, quien, aunque domiciliario de México y sobrino del venerado Arzobispo de la Capital, consintió de buen grado en prestar provisoriamente sus servicios en un lugar cuyos fértiles alrededores eran propiedad de él mismo y de sus hermanos. Quince años se prolongó su interinato; y en ese período edificó un colegio de varones y otro de niñas, fundó un orfanatorio, envió varios jóvenes á educarse en el Seminario Pío-Latino-Americano de Roma, enriqueció los dos templos, embelleció la aldea, la unió á Zamora por medio de un ferrocarril construido á sus expensas é hizo otros muchos beneficios espirituales y temporales á sus feligreses.

Atribuyéndose tamaños favores á la protección de la Virgen de la Esperanza, el pueblo agradecido resolvió pedir al Sumo Pontífice se dignase coronar la milagrosa imagen. Hízose tal petición con el consentimiento del Illmo. Sr. D. José María Cázares; Obispo de Zamora; y el Papa León XIII, benignamente accediendo á la piadosa súplica, nombró su Delegado para coronar la imagen al

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

005049

Illmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de México, y natural y bienhechor insigne de la ciudad de Zamora.

Conyaleciente de grave enfermedad, que retardó las fiestas de la coronación, salió el digno Delegado de la Capital el 3 de Febrero de 1886; y al pasar por la diócesi de León y la arquidiócesi de Michoacán le hicieron personalmente los honores los Illmos. Sres. Obispo Barón y Arzobispo Árciga, cada cual en su territorio. En Zamora fué recibido solemnemente y acompañado hasta Jacona en triunfo, por el Venerable Cabildo, el clero y el pueblo.

Prescriben los Sagrados Ritos que durante los días que preceden y siguen á una coronación haya procesiones y fiestas religiosas, academias y funciones literarias, fuegos artificiales y otras manifestaciones de regocijo. En cumplimiento de tales prescripciones hubo exámenes solemnes de griego, hebreo y matemáticas en el colegio de varones, representaciones teatrales en uno y otro establecimiento, un *specimen* de gimnasia de salón en el orfanatorio, *danzas de indios*, fuegos de artificio, y por último una academia literaria y musical seguida de la distribución de premios á los alumnos y alumnas de uno y otro colegio.

Precedió á la coronación un solemne triduo, predicando el primer día el Reverendísimo Padre Fray Teófilo Sancho, Comisario general del orden franciscano, el segundo, el antiguo cura de Jacona y actual Rector del Colegio Clerical de México, D. Antonio Plancarte y Labastida, y el tercero, el Illmo. Sr. D. Fray Ramón Moreno, Obispo titular de Augustópolis. El sábado 13 se cantaron solemnísimas vísperas en honor de la Santísima Virgen, según prescribe el Rito.

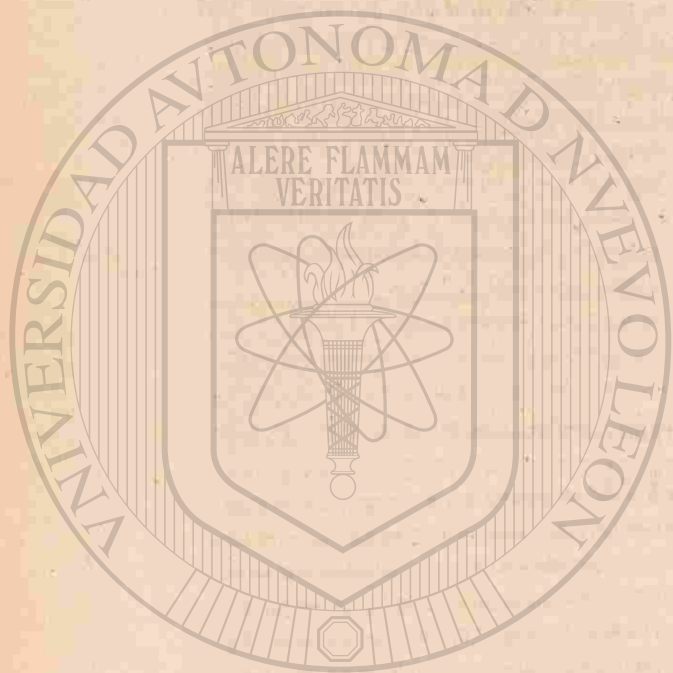
El Domingo 14 de Febrero, el Illmo. Sr. Arzobispo de México pronunció sobre la corona, ya bendita por el Sumo Pontífice, las oraciones y nuevas bendiciones ordenadas por el Ritual, tomó á los principales personajes del pueblo, que solicitaron la coronación, el juramento de custodiar debidamente la imagen y su templo, y asistió en el trono que, como á Delegado Pontificio le asigna el

ceremonial, á la misa que el Sr. Obispo titular de Augustópolis celebró de pontifical.

En la tarde, la imagen y la corona fueron conducidas en solemne procesión á un tablado erigido en el atrio del Santuario. Allí el Illmo. Sr. Arzobispo de México coronó á la Virgen de la Esperanza con las preces, cantos y ceremonias mandadas, y el Illmo. Sr. Dr. y Maestro D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo de San Luis Potosí y Administrador Apostólico de Linares, predicó el sermón acostumbrado en tales solemnidades, y ofreció á la imagen recién coronada dos corazones de plata conteniendo los nombres de los habitantes de Jacona y de los alumnos zamoranos del Colegio Pío-Latino-Americano de Roma.

En memoria de tan fausto acontecimiento se publican el sermón del Sr. Obispo de San Luis, algunas de las piezas que en prosa y verso se recitaron en la Academia literaria del 16 de Febrero, y los nombres de los alumnos y alumnas que recibieron premios.

Marzo de 1886.



SERMÓN

PREDICADO POR EL ILLMO. SR. OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ,
ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE LINARES, DESPUÉS DE LA
CORONACIÓN DE LA VIRGEN DE LA ESPERANZA,
EL 14 DE FEBRERO DE 1886.

Posuisti in capite ejus coronam de la-
pide pretioso.
Le pusiste sobre la cabeza una corona
de piedras preciosas.

Ps. xx, 4.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES: *

Hay recuerdos de la infancia que nunca se borran. Ni yo ni vosotros olvidaremos jamás aquellas misiones, que en las calles y plazas daban los ínclitos miembros del orden seráfico, enviados por el egregio varón que era entonces, ILLMO. SEÑOR ARZOBISPO, vuestro Prelado y el mío, para preparar á su pueblo á la peste que por los años de 1850 amenazaba invadir esta porción del territorio mexicano. Ni yo ni la mayor parte de los presentes han olvidado de cierto la solemne procesión con que en las ciudades principales terminaban sus apostólicas tareas, y en que, además de las benditas imágenes, se sacaba algún cuadro alegórico, formado por vivientes estatuas infantiles. Quedó grabado en

* Los Illmos. Sres. Arzobispo de México y Obispo titular de Augustópolis.

mi imaginación uno, sobre todo, en cuyo fondo aparecía la imagen de la Virgen Santísima, bajo la advocación de Refugio de Pecadores. A su lado, sosteniendo una hermosa diadema, y en actitud de coronar á la Reina de los cielos retratada en el lienzo, se presentaba ufanamente erguido devoto niño con traje cardenalicio, que atraía todas las miradas. “¿A quién representa? ¿qué hace? ¿qué significa esa corona? ¿qué ceremonia es esta?” He aquí las preguntas que todos hacíamos, y á que más ó menos satisfactoriamente contestaban nuestros mayores.

Un cuarto de siglo más tarde, el tierno espectador piadosamente curioso había alcanzado la edad varonil, y presenciaba en Francia una ceremonia, como la que había contemplado en las calles de su ciudad natal; pero esta vez era real y no figurada: era la imagen milagrosa de Nuestra Señora de Lourdes, cuya frente coronaba con augustos ritos el Legado del Sumo Pontífice Pío IX. Entonces también el pueblo cristiano repitió las preguntas: ¿qué significa esta corona? ¿en nombre de quién se coloca sobre la imagen venerada? ¿por qué tan imponentes solemnidades?

Diez años más han transcurrido, y convidado por venerables y amados amigos á asistir á la coronación de la sagrada imagen de la Virgen de la Esperanza, sin vacilar acepté el convite, y he volado á este lugar, que conocía ya cual si lo hubiera visitado, por las relaciones de quien fué su bienhechor y párroco, y que me era ya simpático y querido, aun antes que mis pies hollaran sus fértiles glebas. Lleno de indecible placer he visto al insigne Arzobispo de la Capital de nuestra República, obrando en nombre y como Delegado del Sumo Pontífice León XIII, colocar sobre la frente de vuestra adorada Reina la corona de oro y piedras precio-

sas que la forjó vuestra devoción y piedad, y he oído aquí y allí las mismas preguntas que hace treinta y cinco años, y hace diez resonaran en derredor mío, ó profirieran mis propios labios. ¿Qué significa esta corona? ¿Por qué no en su nombre, sino en el del Supremo Jeraarca, la ha impuesto el Metropolitano de México? ¿Cuál es la significación, cuál el motivo de los insólitos ritos que acabamos de presenciar?

Me propongo satisfacer, en cuanto mi insuficiencia permita, vuestra legítima curiosidad. Os diré algo, ante todo, acerca de las coronas en general; pasaré luego á hablaros de la coronación de las sagradas imágenes que acostumbra hacer la Santa Iglesia; por último, os dirigiré breves palabras sobre la presente festividad.

¡Quiera la Virgen á cuya diadema celeste hoy añadimos una nueva joya, al imponer á su imagen áurea corona, interceder por nosotros é inspirar mi breve discurso!

AVE MARÍA.

I.

La corona, sobre todo en países republicanos donde estamos poco acostumbrados á verla, se considera en lo general, y casi exclusivamente, emblema de regia dignidad. No fué este, sin embargo, su origen ni es tampoco su única significación. Convienen casi todos los autores en afirmar que al principio era un ornamento sacerdotal. Algunos van aún más lejos, y aseguran que era la señal distintiva de los dioses paganos, y que sacerdotes y reyes sólo la adoptaron para parecerse más á la divinidad, cuyos representantes eran ó se creían.

Guirnalda de laurel ceñían los Emperadores romanos, y sólo después de su muerte, cuando la apoteosis los había colocado entre las deidades, se circundaban sus effigies con la corona formada de rayos. Nerón, que en su impía locura se hacía adorar como el dios Apolo, se apropió aun en vida esta corona, que siguieron usando sus sucesores. Constantino, convertido al cristianismo, la trocó por rica diadema ornada de piedras preciosas.

De algunos pasajes de Eusebio de Cesarea inferimos que hubo un tiempo en que los Obispos usaban coronas. El único que la ha conservado es el Pastor de los Pastores, el Obispo de Roma, el Supremo Jerarca, y ós es á todos familiar la forma de la tiara Pontificia. La adornan tres ricas coronas que significan el sumo sacerdocio, la potestad imperial y la dignidad regia, *sacerdotium, imperium et regnum*, de que está revestido el Vicario de Jesucristo en la tierra.

La historia nos habla de la corona imperial de Jus-

tino, que fué el primero que sobre ella mandó esculpir la Cruz sagrada, y el primero también que quiso que el Sumo Pontífice San Juan la colocase solemnemente sobre sus sienes en Constantinopla. Se deleita el ánimo al considerar al cristiano rey de Francia Carlo Magno, venir á la Basílica Vaticana á recibir la imperial diadema de las manos de San León III, agradecido á los beneficios que el piadoso Príncipe hiciera á la Santa Iglesia Romana, abandonada ya por completo de los Emperadores de Oriente. Espléndida fué la doble coronación de Carlos V, como Rey y como Emperador. En la ciudad de Bolonia, convertida *ad hoc* en otra Roma, el Sumo Pontífice Clemente VII, poco antes su cautivo, puso primero la corona llamada de hierro, porque la adorna un clavo de los que sujetaron á la Cruz á Nuestro Salvador, y dos días después la corona imperial, en la frente del que antes fuera su vencedor, y que ahora al salir de la Basílica, tenía el estribo al Sumo Sacerdote, y llevaba por el diestro su cabalgadura.

Este siglo, testigo de tantas catástrofes, debía presenciar una coronación por sus circunstancias única en la historia. Un joven soldado trueca de repente su yelmo en diadema, más brillante en esos momentos que otra alguna del mundo. Juzgan no pocos que su propia espada, más bien que la mano del Pontífice, deberá consagrar un imperio nacido de la revolución. No así el novel Emperador. Hace caminar desde Roma hasta París al anciano Pontífice Pío VII, y con pompa y solemnidad tanto más augusta, cuanto que por tantos años había estado Francia sin sacerdocio y sin altar, sin trono y sin orden, es ungido solemnemente en la Catedral de Nuestra Señora. ¿Pero qué haces, oh Napoleón? ¿Por qué en los momentos en que va á coronarte, arrebatas al Soberano Pontífice la diadema que se apresta á ce-

ñirte y la colocas tú mismo sobre tus sienes...? ¡Desdichado! No pasarán muchos años sin que esa corona caiga de tu frente hecha pedazos y convertida en ludibrio de los que ahora te aclaman.

En nuestros días hemos visto al protestante rey de Prusia, hoy Emperador de los Alemanes, tomar del altar con sus propias manos la corona y colocarla sobre sus propias sienes, para indicar (como expresamente proclamó) que de Dios directamente la recibía. Hemos visto también al católico Emperador de Austria ceñirse la antigua diadema del glorioso San Esteban de Hungría, con los ritos que prescribe la Iglesia y con las hermosas ceremonias consagradas por la tradición local. Hemos presenciado, por último, la imponente coronación del cismático Czar de todas las Rusias, en la ciudad para él santa de Moscow, y fresco aún el ensangrentado cadáver de su padre.

Gloriosas como son estas diademas, hubo otras todavía más codiciadas, aunque ninguna potestad conferían. Parece que aun aquellos que, por herencia ó conquista habían recibido la dignidad regia ó imperial, las estimaban tanto por lo menos como las que eran emblema de su poder y autoridad.

Vemos ciertamente en algunas efigies que nos han quedado de César Augusto, á más de la corona imperial, otra de hojas de encina y la lisonjera inscripción OB CIVES SERVATOS. Es la corona llamada *cívica*, y conferida como premio en la antigua Roma al soldado que salvaba la vida siquiera á un ciudadano. El Senado la concedió á aquel monarca en recompensa de la paz que dió al mundo en su largo reinado; paz ordenada admirablemente por la Providencia, para que se verificaran los grandes misterios predichos por los Profetas y anunciados por los Patriarcas.

También sobre tu frente veo lucir la *quercus cívica*, rey de los oradores, elocuentísimo Cicerón. ¿A quién no son familiares tus vigorosas invectivas contra el audaz conspirador Catilina? ¿Quién no se ha estremecido al escuchar tus vehementes apóstrofes al impudente foragido? No la espada, que eras tan poco diestro en manejar, sino esa lengua de oro que el grande Agustino habría dado tesoros por oír, salvó la vida á la amenazada Roma; y á tí también, como á los Emperadores Augusto y Claudio, fué concedida la ambicionada corona cívica, por haber preservado de inminente ruina á tus amenazados conciudadanos, *ob cives servatos*.

Terribles son las angustias de una ciudad sitiada. No hemos disfrutado aún tanto tiempo de paz que hayamos olvidado lo que se sufre en el recinto de los cercados muros. El fuego del enemigo y la muerte que arrojan sus incesantes proyectiles, son todavía suaves en comparación del tormento del hambre, y de la muerte sin gloria que ocasionan las enfermedades y la inedia. Y esto es soportable al lado de las torturas morales, de la horrorosa incertidumbre que en las largas noches de delirio y de insomnio aflige al soldado atacado por la fiebre, á la madre cuyo hijo está sobre los muros, á la esposa cuyo esposo está cubriendo con su cuerpo la abierta brecha. Sólo quien ha pasado tales angustias puede comprender el gozo inefable de la muchedumbre al ver que se rompe por fin el largo cerco, y el agradecimiento del soldado y del ciudadano al valiente y afortunado general que los libra de tan amarga prisión, y convierte al enemigo de sitiador en sitiado, de verdugo en víctima, de atormentador en vencido. Los antiguos romanos coronaban al valeroso caudillo que tal hazaña consumaba, con la corona llamada *obsidional* ó *gramínea obsidionalis*, tejida de silvestres flores, y juncos y gra-

ma, cortados del lugar en que se había acorralado á los fugitivos sitiadores.

Corona de oro figurando proas de navíos y adornada de emblemas marítimos, ceñía la frente del héroe que primero abordaba la nave enemiga. Corona parecida, pero más rica y refulgente, premiaba al almirante que destruía la flota contraria. Era la *corona navalis ó rostrata*.

Corona mural, cuyos florones figuraban torres y castillos, se confería al primer soldado que escalaba la muralla de una ciudad sitiada. Con la corona castrense, figurando trincheras en su círculo de oro, se recompensaba al que antes que sus conmitones penetraba en el campamento enemigo.

Corona triunfal adornó las sienes de Julio César, subiéndolo al Capitolio á la cabeza de nunca vista procesión, después de las muchas y brillantes victorias de sus gloriosas armas. Cuando Roma cristiana decretó un *triumfo* á Marco Antonio Colonna, vencedor en Lepanto juntamente con Don Juan de Austria, no se coronaron las sienes del católico adalid. Él en cambio ofreció á *Cristo vencedor* una columna, emblema de su propio nombre y de su casa, con una corona de metales preciosos, que semejaba á la corona naval ó *rostrata* de los antiguos.

Guardad en vuestra memoria, piadosos oyentes, cuanto os he dicho acerca de las antiguas coronas. No es simplemente vana erudición. Como veréis dentro de breves instantes, servirá en gran manera para que estiméis como es debido esa corona de piedras preciosas que la autoridad del Romano Pontífice por un lado, y vuestra piedad y agradecimiento por otro, han colocado hoy sobre las sienes de la Virgen de la Esperanza; *posuisti in capite eius coronam de lapide pretioso*.

II

Habéis visto que las coronas se conferían aun por inferiores á los personajes más ilustres y poderosos, y que se daban muchas veces en señal de reconocimiento y admiración. ¿Qué mucho que el pueblo, no contento con ponerlas en las sienes de generales y de reyes, de almirantes y emperadores, quisiera depositar estas prendas de veneración y de gratitud á los pies de la misma Divinidad? Ofuscadas las primitivas tradiciones en la mayor parte de los pueblos de la tierra, acostumbraron los gentiles ponerlas en las cabezas y en los altares de los que en su ceguera reputaban por dioses. Iluminadas las naciones por el cristianismo, desde los primeros siglos de la Iglesia se empezó á adornar con ricas coronas las imágenes de la Virgen y de Jesús, de los santos y santas á cuya intercesión y patrocinio debían las ciudades y los territorios algún favor especial. Largo sería trazaros la historia, no digo de todas las coronaciones, pero aun de las más insignes. Básteme entresacar de los anales eclesiásticos tres de las más notables y que más os puedan edificar.

Hay en Roma un lugar, que según Tito Livio se llamó los *prados flaminius*, en cuyo centro se elevó en otro tiempo un templo consagrado á Apolo, que hizo que todo aquel barrio se denominase Apolinar. El Sumo Pontífice Adriano I, queriendo con el santuario de un mártir de Cristo de idéntico nombre borrar la memoria de la falsa divinidad, construyó allí una Iglesia en honor del Obispo de Ravena, San Apolinar, que aun hoy día se eleva majestuosa y varias veces restaurada. Bajo su pórtico, en el siglo XV, hizo devoto Cardenal pintar

hermosa imagen de la Virgen Santísima que, con el niño en brazos y San Pedro y San Pablo á los lados, se ofrece todavía á la veneración de los fieles. Pero ¡ay! pocos años después que la trazara el hábil pintor, las indisciplinadas fuerzas del Rey Carlos Octavo de Francia, al pasar á la conquista de Nápoles, improvisaron en cuartel aquel sagrado pórtico. Para librar la santa imagen de las irreverencias de la soldadesca fué preciso cubrirla con cal, y así permaneció casi dos siglos, al grado que hasta la memoria perdióse de su existencia.

Era el 13 de Febrero de 1647; reinaba Inocencio X, y á lo que parece el pueblo del barrio de San Apolinar había degenerado de las piadosas costumbres de sus mayores. He aquí que de repente se oscurece el cielo y se desata una tempestad horrible de truenos y rayos, que empieza por destruir á uno de los más escandalosos de aquella región, y amenaza consumir á todos los habitantes. En tan grave conflicto acógense aquellos creyentes á la protección de la Virgen sacrosanta, y guarecidos bajo el pórtico de San Apolinar alzan las manos al cielo implorando la divina misericordia. Espontáneamente se desprende la cal que por dos centurias había cubierto la imagen; y al mostrar María Santísima su rostro risueño, disípanse también las nubes, y lanza el sol sus últimos rayos. Esta gracia no es más que el primer anillo de una larga cadena de favores espirituales y temporales, y seis años después la augusta Madre y el divino Niño, son ceñidas con áureas coronas.

Llegó el año de 1837. La terrible peste del Ganges había desolado gran parte del mundo, y una de las regiones predilectas para sus fúnebres paseos había sido y era la Italia. Donde no alcanzaba el poder humano llegaron los efectos de la clemencia divina. El Pontífice, y el clero, y el pueblo, acudieron á implorar el auxilio

de la Virgen sacrosanta, recordándole su milagro de las nieves, y venerando la sagrada imagen que impera soberana en la insigne Basílica de Santa María, no sin justicia llamada la Mayor. No dejó la misericordiosa Emperatriz de los cielos que sus fieles le rogaran en vano; y tales fueron y tan señalados sus favores, que el Sumo Pontífice Gregorio XVI determinó darle pública muestra de gratitud. Ya Clemente VIII había coronado la milagrosa efigie; ya otros sucesores del mismo en el solio de San Pedro habían sustituido la diadema con otras nuevas, y repetido las augustas ceremonias de la coronación. Las vicisitudes de aquellos siglos aciagos habían hecho que una tras otra fuesen robadas las coronas, y las que entonces ceñían la Virgen Madre y su Hijo divino, eran indignas no sólo de su celeste grandeza sino aun de la majestad del Templo en que se veneran y de la gloria de la Eterna Ciudad.

No así la que el Pontífice Gregorio quiso donar, el día precisamente en que fué coronada en los cielos por la Trinidad Beatísima, á la que se había mostrado de veras salud de los enfermos, consoladora de los afligidos y libertadora de su pueblo. ¡Qué trono se le erigió á la augusta imagen! ¡Qué cortejo imponente formaba el clero de la Ciudad por excelencia, presidido por el majestuoso Colegio de Cardenales, y llevando á su cabeza al Soberano Pontífice ceñido con la triple corona! Momento solemne fué aquel en que el anciano Vicario de Jesucristo, subiendo con trémulo paso la adornada escalera, puso sobre el niño Dios y su purísima Madre las riquísimas coronas, emblema de su gratitud y de la de todo el pueblo romano. Con más razón que el Senado al entregar á Augusto la cívica corona de que antes os hablé, pudo haber dicho á la Santa Madre de Dios, *ob servatos cives*. Más sublimes todavía fueron sus pa-

labras. "Así como en la tierra te coronan nuestras manos, así las de tu Hijo divino, merced á Tí, con gloria y honor nos coronen un día en el reino de los cielos. *Sicuti per manus nostras coronaris in terris, ita et per Te a Jesu Christo Filio Tuo gloria et honore coronari mereamur in cælis.*"

A principios del siglo, otra imagen, no de la Capital del mundo, sino de apartado santuario en las orillas del Mediterráneo, había hecho también el Supremo Jerrarca bajar de su trono para ir á coronarla. No habéis olvidado de cierto las grandes desgracias del glorioso Pontífice Pío VII, su largo cautiverio, las persecuciones de que fué víctima bajo Napoleón. Largos meses pasó en la ciudad de Savona, y allí le suministró grandes consuelos la piadosísima Reina de los Mártires, que bajo el nombre de Madre de la Misericordia es venerada en un santuario á cinco leguas de la ciudad, y cuya imagen, bellamente esculpida en blanquísimo mármol, atrae las miradas del viajero y excita la devoción del peregrino.

Restituida la paz á la Iglesia y el trono á su Pontífice, quiso Pío VII, en reconocimiento de pasados favores, ir en persona á coronar la marmórea escultura. Esta vez no fué diadema de su pontificio tesoro la que sirvió para la solemne ceremonia, sino una enviada por el Cabildo de la Basílica Vaticana. Hubo en el siglo XVII un ilustre caballero, de la nobilísima familia Sforza, llamado Alejandro. En su feudo de Borgonuovo hizo grandes é insignes fundaciones piadosas, y se distinguió sobre todo, por su singular devoción á la madre de Dios, á muchas de cuyas imágenes donó coronas mientras vivió. Queriendo perpetuar esta piadosa costumbre, al hacer en Parma su testamento en 1636, dejó al Cabildo Vaticano nada menos que setenta y una fincas rústicas,

para que con sus productos se regalaran coronas á las más insignes imágenes de la Cristiandad. Muchas son ya las que aquel Cabildo, fidelísimo ejecutor de las voluntades del devoto Alejandro, ha coronado solemnemente en los siglos que han transcurrido. El solo enumerarlas sería demasiado largo en estos momentos, y es preciso hablaros ya de vuestra propia imagen de la Virgen de la Esperanza y de la rica corona con que la habéis engalanado: *posuisti in capite ejus coronam de lapide pretioso.*

III

No hay día del año, ni hora del día, en que los católicos esparcidos en la redondez de la tierra dejen de pronunciar el nombre de María aclamándola Reina y Señora. *Salve Regina*, exclamamos á cada instante. Reina de los ángeles, reina de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, reina de los mártires, de los confesores y de las vírgenes la pregonamos sin cesar.

Y con razón. No hay ni ha habido soberana en el Universo que con más títulos que la Madre del Rey de los Cielos pueda llamarse reina y emperatriz. El Hijo de sus entrañas, el que tantos años la obedeció sobre la tierra, es nada menos que el Rey de reyes y Señor de los señores, *Rex regum et Dominus dominantium* (Apoc. XIX, 16). Cuando entraba triunfante en Jerusalén, las turbas lo victoreaban diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, bendito sea el Rey de Israel (Joan. XII, 13). ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? preguntaban los Magos, que desde el extremo Oriente venían á adorarlo (Mat. II, 2).

Te he constituido rey, dice á Cristo el Salmista, en nombre de su Eterno Padre (Ps. II, 6). Reina, por tanto, tiene que ser su divina Madre, aun si miramos sólo al derecho natural, y tenemos en cuenta que ella, lo mismo que Jesucristo según la carne, descendía de David y de otros muchos reyes y príncipes.

Pero no sólo es Jesucristo Rey de la tierra, ni sólo reina de la tierra es por consiguiente su Madre Santísima. La madre de un soberano, como deduce San Atanasio, necesariamente es soberana; y María, en su calidad de madre de Cristo, tiene que partir con él el derecho de imperar y de reinar. En el cielo (dice el Abad Ruperto) María es reina de los ángeles y de los santos; en la tierra es reina de todos los reinos, emperatriz de todos los imperios, soberana de todas las naciones. Todas las creaturas, enseña San Bernardo, sea cual fuere su naturaleza y su rango en la creación, ya sean puros espíritus como los ángeles, ya sean entes racionales como los hombres, ya sean seres materiales como los elementos y los cielos, tienen que obedecer á la gloriosa Virgen. Sí, cuanto está sujeto á la dominación de Dios, está igualmente sujeto á la dominación de María.

Y no sólo por herencia pacífica le corresponden tan gloriosos dominios. Cristo fué un verdadero lidiador, un guerrero triunfante, un conquistador invicto, que venció al demonio, al mundo, al pecado, á la muerte y al infierno. Despojó de sus armas, dice San Pablo, á los principados y potestades, y á la faz del universo los llevó en triunfo lleno de confianza atados á su carro triunfal, después de haberlos debelado con su propia mano (Colos. II, 15). Estas inestimables conquistas fueron puestas á los pies de su regia Madre por el celeste Conquistador. Esos imperios que rescató con la preciosa sangre que le suministrara María, los puso Cristo bajo

el dominio de Aquella que tanto contribuyera al glorioso rescate.

De justicia se le deben, por tanto, las insignias de la regia dignidad. No le damos por cierto el derecho de reinar sobre nuestras almas y sobre el universo, al colocar sobre su imagen áurea corona. Reconocemos, sí, su soberano dominio, la aclamamos nuestra Reina y Señora, unimos nuestra voz á la de San Efrén, que la llama Soberana Princesa, Excelsa Reina, siempre bendita, la más pura de todas las princesas; á la de San Gregorio de Nazianzo y de San Antonino, que la apellidan Reina Soberana y único bien del género humano, Emperatriz y Reina del mundo; y á la de todos los Santos Padres y de la Iglesia en general, eligiendo libre y espontáneamente, á la que ya es reina por derecho natural y divino, por herencia y conquista. El Sumo Pontífice, al decretar los honores de la coronación á su sagrada efigie, hace, por decirlo así, las veces del Señor, que la coronó en los cielos el día de su Asunción, y por medio de ritos y ceremonias visibles, nos recuerda la sumisión y agradecimiento, la obediencia y veneración que debemos á tan augusta Señora.

Y notad que no á todas las imágenes se decretan tales honores. Es preciso que la efigie coronada sea notable por su antigüedad, por el concurso de fieles que acuden á venerarla, por las gracias que ha dispensado la Señora por ella representada á los fieles que delante de ella han doblado la rodilla. Con estos títulos, ya el supremo Jerarca declara á la Reina del universo, reina especial de aquel pueblo que ha elegido y santificado.

Reina vuestra y madre verdadera de misericordia se ha mostrado la Virgen hoy coronada, ¡oh afortunados habitantes de Jacona! Según los informes fidedignos

que de todas partes he oído, vuestros adelantos morales han sido incalculables en los últimos años. El demonio de la discordia y de la lascivia ha huido lejos de estas verdes praderas; el espíritu de piedad y de pureza ha plantado aquí sus benditas tiendas. Si he de fiarme de mis ojos, ellos me revelan que grandes cosas se han obrado en vuestro suelo. Veo dos santuarios restaurados y embellecidos. Contemplo un edificio en que doncellas cristianas, resguardadas de peligros exteriores, se entregan al servicio de Dios y á las más rudas faenas, al mismo tiempo que á las labores delicadas de su sexo. Miro una de vuestras antiguas casas transformada en asilo de la orfandad y de la niñez desvalida. Más allá se me presenta otra gran residencia, en que celosos sacerdotes llenos de abnegación, y con el pecho cerrado á aspiraciones mundanas, se dedican á guiar á la juventud por la senda de la piedad y de la ciencia. Entretanto, el ruido del ferrocarril que os une á la vecina Zamora, y que para usos piadosos construyeron manos piadosas, manifiesta al mundo que del Señor son todos los elementos, y que la Iglesia de todos se aprovecha para dar gloria á Dios y dilatar su reinado. ¿Y á quién se deben todos estos favores sino á la Virgen vuestra protectora, á la augusta Reina que veneráis bajo la advocación de la Esperanza? ¡Ah! Bien se le debe la corona que le ha enviado el Pontífice, y que á nombre del Supremo Jerrarca pone sobre sus sienes el hijo más ilustre de este pueblo, el más alto dignatario de la Iglesia de México. Si el Sumo Pontífice le decreta corona de reina, otra clase de coronas le ofrece nuestra gratitud. Os habla-ba hace poco de aquella paz que el Emperador Augusto dió al mundo sujeto á su cetro, y por la cual recibió la ambicionada corona cívica. No olvidéis que esa paz general fué admirablemente ordenada por la Providen-

cia, para que, cumpliéndose las profecías, se verificase mientras ella cubría la tierra con su benéfica influencia, el nacimiento del Mesías. María fué, por tanto, la que decretó esta paz providencial al pronunciar aquel *fiat*, que trajo á su seno virginal al Verbo Divino, y á ella se debe más que á César Augusto la *quercus cívica*. Ella que una y mil veces ha salvado la vida temporal y la eterna á sus devotos, merece más que el Emperador Romano la honorífica inscripción: *ob servatos cives*. Ella, cuyas palabras, más elocuentes que las de Marco Tulio, han librado no sólo una vez sino muchas á toda la República cristiana de la ruina con que la amenazaba la serpiente infernal, ó de los castigos con que iba á affigirla un Dios justamente indignado; Ella, más que el príncipe de los oradores, es acreedora á la guirnalda de encina que ciñó las sienes del gran Cicerón. Recibe, por tanto, oh Reina y madre nuestra, la corona cívica que te ofrecemos; y ya que no en mármoles ni medallas de bronce, sabe que en nuestros corazones ha grabado la gratitud la indeleble inscripción: *ob cives servatos, ob servatos fideles*.

¡Pecadores que me escucháis! Hoy, que convertidos ya de veras al Señor vuestro Dios, habéis roto las cadenas que al pecado os ligaban, bien podéis, con provecho vuestro, lanzar una ojeada retrospectiva á la época infausta en que las potestades infernales tuvieron sitiada la fortaleza de vuestra alma. ¡Oh qué asaltos por fuera, qué temores por dentro; *foris pugnae, intus angustiae!*

En vano pretendiais hacer siquiera una salida: Satanás os relegaba de nuevo á vuestros cuarteles, y os ataba con lazos todavía más fuertes. Os acaecía lo que al cansado nadador, que mientras más esfuerzos hace por salir del fondo cenagoso de la laguna en que se ahoga,

más y más se sumerge en el fango homicida. Los contrasosos de la usura, las estacadas de la lujuria, os ceñían con terrible círculo de hierro, y parecía imposible romper un bloqueo en que las huestes diabólicas tan empeñadas se hallaban. Recurrísteis, por fin, á María, y ella, rompiendo el sitio, os salvó de muerte segura y relegó los ejércitos de las tinieblas á su oscura caverna. ¡Virgen de la Santa Esperanza! A nombre de los pecadores agradecidos ceñimos hoy tu frente con la antigua corona obsidional, que mereces infinitamente más que los afortunados candillos que libertaban alguna plaza sitiada por enemigos terrenos.

No ignoráis el triste estado que este Mundo, ahora Nuevo, entonces desconocido, guardaba hace 400 años. La idolatría más espantosa, los crímenes más horribles, el espíritu más sanguinario que imaginarse pueda, dominaban absolutos sobre este vasto continente; y mientras más transcurrían los días, más aumentaba la impiedad, más crecían los horrores, más aseguraba Satanás su ominoso reinado. ¿Quién guió hasta nuestro ignorado suelo las naves de Colón? ¿Quién desembarcó antes que nadie, pintada en glorioso estandarte, en estas remotas regiones? ¿Qué figura descollaba sobre todas en los ejércitos de Cortés y de Pizarro? ¿Quién tomó primero posesión verdadera de estos reductos del Demonio? ¿Quién conquistó de veras á la fe y á la civilización estas hermosas tierras? Vuestros labios murmuran por lo bajo el nombre de María. Recibe ¡oh Reina nuestra! las coronas navales, la corona mural y la castrense que más que el Descubridor de este Mundo, más que los conquistadores de México y del Cuzco, merecen tus altísimas victorias.

Aún falta, oh Virgen de la Esperanza, otra corona, que no sobre tus sienes, sino á tus pies, colocaremos

tus humildes siervos. Ya ostentas la diadema con que, por medio de su benemérito Delegado, te ha ceñido el Pontífice Supremo, símbolo de la dignidad sublime de Reina y Emperatriz del universo, y en especial de este tu pueblo predilecto. Ya te hemos ofrecido la guirnalda de encina que como á salvadora de tus devotos te compete. Ya luce en tu frente la *graminea obsidionalis*, que á nombre de los pecadores cuyas almas libertaste de estrecho cerco, te hemos presentado agradecidos. Ya aceptaste las demás coronas que, á imitación de los antiguos Romanos, te han decretado las Américas, como á suprema almiranta y conquistadora. Aún falta una corona, y te la ofrece, no á nombre del Pontífice, sino á nombre suyo propio, el venerado Metropolitano de México. Es su corona triunfal.

Bien ha combatido el anciano atleta; y aunque á veces entretejidas de espinas, ha ganado una tras otra verdes coronas, que hoy su cansado brazo viene á depner á tus plantas, formando una sola que bien envidiarían Julio César y el mismo vencedor de Lepanto. En todos los campos ha lidiado, en todos terrenos ha luchado, y siempre ha defendido á la Iglesia y salido vencedor aun en los momentos en que parecía vencido. Mientras fué tiempo de luchar á brazo partido, ninguno le igualó en la descomunal contienda: cuando los intereses de la Iglesia exigieron prudente retirada, imitó sin vacilar al célebre Contemporizador romano, y como Fabio Máximo, *cunctando restituit*. A su tacto, á sus finos manejos, á su diplomacia, debe la abatida Iglesia mexicana la paz comparativa de que disfruta.

Permitidme que haga resaltar por un momento uno de los florones de su verde corona. Cuando, inicuamente expatriado, se figuraban los enemigos suyos y de Cristo que comería ocioso el pan del destierro, el tra-

bajaba con más ardor que nunca por la dilatación del Reino de Dios y por la prosperidad de la patria. Por él principalmente inducido, el Santo Pontífice Pío IX multiplicó los obispados de nuestra República. Los dedos del desterrado Pastor señalaron al Supremo Jerarca las demarcaciones de las nuevas diócesis, y las ciudades en que habían de fijarse sedes episcopales. Entre estas había una que, ni por su posición geográfica, ni por su categoría política, ni por su importancia comercial, parecía destinada á tan alto honor, y en que otros ojos no se habrían fijado de cierto. Pero era el lugar de su nacimiento, era su pueblo querido, y quiso darle el rango espiritual y la prosperidad material, que sólo en su mano estaba conferirle en ese instante.

Bien has hecho, oh Zamora, en salir al encuentro de tu hijo más ilustre y en conducirlo en triunfo á tu engalanado recinto. Veintitres años han pasado, y ya puedes ver los inmensos resultados de sus incalculables beneficios. Por él te rige un Obispo que reside dentro tus muros, y que se ha rodeado de la brillante pléyade de sacerdotes que tan egregiamente han mostrado esta vez su gratitud. Por él se elevan las paredes de tu seminario, se han embellecido tus templos y se ha duplicado tu riqueza. Por él, en este pueblo de Jacona, tan cercano á la Capital de la diócesi que no es en realidad sino un miembro estrechamente unido á aquella cabeza, por él (y muy directamente) se han fundado estos soberbios planteles que tanto contribuyen á la gloria de Dios y á la prosperidad de estos contornos.

Hoy el cansado lidiador viene á ofrecer su triunfal corona á la Virgen de la Esperanza. Acéptala, oh Reina, y cubre con el manto de tu protección al Sumo Pontífice que lo ha enviado á coronarte, al mismo venerable Delegado, que del lecho del dolor se ha levanta-

tado para cumplir con su augusta misión, al benemérito sacerdote á quien se debe el incremento espiritual y temporal de este tu pueblo; á todos, en, fin los que aquí congregados cantamos tus loores y te proclamamos coronada Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

ASÍ SEA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA VIRGEN DE LA ESPERANZA

Y LOS ALUMNOS ZAMORANOS DEL COLEGIO PIO-LATINO-AMERICANO
DE ROMA,

O LA EDUCACION A LA EUROPEA.

—
SÁTIRA

POR EL ILLMO. SR. OBISPO DE SAN LUIS POTOSI.

¿De qué sirve cruzar los anchos mares,
Y trocar de una madre las caricias
Por el tibio calor de ajenos lares?

¿Hay en el Viejo Mundo más delicias
Que en el suelo natal? ¿Ó qué regiones
Al estudio y saber son más propicias?

Padre infeliz, que lleno de ilusiones
Envías á extranjeros ateneos
A tu progenie, mira á qué te expones.

Del hijo de Marcial los devaneos
Observa, y estrambóticos modales.
Pues ¡calla! que es modelo de *Europeos*.

Con tres de nuestros mozos principales
Abandonó la patria hace seis meses,
Y de vuelta están ya los colegiales.



Aquél bebió el aliento á los Ingleses,
Y en el afán de remedar sus modos
Descuida los paternos intereses.

Sus compañeros son los más beodos
De la que el Norte manda, vil canalla,
Y en el vicio se sume hasta los codos.

Es en su hogar perpetua la batalla,
Y contra amigos, padres y parientes,
A cada instante su furor estalla.

Bárbaros todos son é impertinentes
Si á la inglesa no visten; ó hablan claro
En español, sin apretar los dientes.

¡Qué collarín de *gentleman*! ¡Qué raro
El calzado con clavos, y el sombrero,
Y aquel angosto pantalón de avaro!

Y viene proclamándose ingeniero
Civil y militar, perito en minas,
Mecánico, arquitecto y marinero.

Nos habla de invenciones peregrinas
Para allanar peñascos y montañas,
Y en la arena del mar plantar encinas.

Pero la prueba pídele: patrañas
Se vuelven sus cien mil descubrimientos,
Y en humo se disipan sus hazañas.

Dale los más comunes instrumentos:
Por barómetro toma el teodolito,
Y confunde en la brújula los vientos.

De la cuenta más breve el finiquito
No te puede formar; y de una carta,
Mucho será si entiende el sobrescrito.

Con sus cuentos de Londres ya nos harta,
Y si cuestiones religiosas toca
Mil disparates sin pudor ensarta.

¡Y qué decir de Pepe Durarroca,
El que á Alemania fué, y en un semestre
Dos borlas en las sienas se coloca,

Y en el pecho una cruz de orden ecuestre,
Por haber operado al Rey Guillermo,
Y al Conde de Alencastre... ó de Leicestre?

En México te juro que el enfermo
Más pobre no se fiara de sus manos
Aunque se viera solo y en el yermo.

Atrasado aprendiz de un matasanos
Fué en su pueblo; ¡y Doctor en Medicina
En un día lo nombran los Germanos!

En otro día á laurearse atina
En ciencias naturales; y por poco
A la misma Berlín pone en berlina.

¡Y el que sabio era allá, no es más que un loco
Charlatán, con orejas de jumento,
De vanidad y de ignorancia foco! —

No me obligues á hablar de aquel portento
De la *docta Paris*, Carlos Heredia:
¡Mal haya el que lo trajo, adverso viento!

Fernando Calderón en su comedia
Nos pinta á *Don Carlitos*: pues ninguna
Diferencia, entre aquél y el nuestro media.

Con su locuacidad nos importuna,
Y, cual todo Francés, de tigre y mono
Los contrarios instintos en sí aduna.

Blasfemar contra Dios juzga *buen tono*;
Y, con graznidos de impudente ganso,
Desfoga contra México su encono.—

Con mis duras verdades ya te canso;
Pero el asunto es serio é importante.
¡Paciencia! y hasta el fin óyeme manso.

Sólo nos falta hablar del estudiante
Que hasta Italia marchó, de Buonarote
Para volver rival en un instante.

De las artes ridículo Quijote,
Cree que hasta á Rafael ventaja lleva,
Y á la inmortalidad asciende al trote.

Pero de su valer aun no da prueba
El *Romano pintor*. . . . que de la augusta
Ciudad trajo también una hija de Eva.

Regia ascendencia á su consorte ajusta,
Y al Príncipe asistente al Sacro Solio
Su *caro suegro* pregonar le gusta.

Ella es en realidad vetusto espolio
De ignorado taller, para *modelo*
Contratada á los pies del Capitolio.—

¿Y con tal experiencia ¡santo cielo!
Mandar de Roma á un seminario quieres
A tus hijos y deudos, sin recelo?

¿Por qué lo conocido no prefieres?
¡Ay! ordenados no; vendrán de Europa
Con unas Italianas por mujeres.

En vez del cáliz, del placer la copa
Diestros apurarán: ni el incensario
Les gustará, ni del hogar la sopa.

Y si, por accidente extraordinario,
Alguien los sacros órdenes recibe,
¡Verás qué sacerdote estrafalario!

No esperes, no, que á Santander y Uribe
Ó al Padre Parra, al predicar se ajuste.
Conferencias dará. de Eugenio Scribe.

No le hables de trabajos, ni de *fuste*,
Ni menos de pedir alguna novia,
Ó harás que el ministerio le disguste.

Si va á un entierro, le dará hidrofobia;
Y si se alarga el rezo de maitines,
Dirá que tanto padecer lo agobia.

Pero en cambio verás ¡qué colorines,
Qué títulos, qué borlas y qué trajes,
Qué anillos y morados calcetines!

Monseñor y *Excelexencia* sin ambages
Hará que lo apelliden; y de linojos
Le saluden los altos personajes.

De ser Vicario General antojos
Muy pronto le vendrán. . . . si es que más alto
No miran ya sus juveniles ojos.

Te contará del Cardenal Montalto
La supuesta ambición. . . . cual si quisiera
De Sixto Quinto al trono dar un salto;

Pero piedad, y ciencia verdadera,
Y espíritu eclesiástico y virtudes,
A un *Romano* pedir fuera quimera.

A nuestro clero á pervertir no ayudes:
Sabe más un vicario de poblacho
Que un Doctor de *Sapiencia*, no lo dudes. —

Con tales argumentos, sin empacho
Llenaba un día pluma ultrapatriótica,
Eco de otras cien mil, un mamarracho;

Sin mirar que su lógica estrambótica,
Sobre premisas de verdad henchidas
Edificaba conclusión exótica.

Enviad á un muchachón perdonavidas,
No digo á un ateneo, á la *Gran Trapa*,
¿Cambiará sus costumbres corrompidas?

Sacudirá la silla y la gualdrapa
Aun de la disciplina más ligera,
Y veréis cómo al año, al freno escapa.

Contará que hizo espléndida carrera
Y es gran Doctor. Pedidle su diploma. . . .
Medio no habrá de que enseñarlo quiera.

¿Juzgáis acaso que en la docta Roma,
O en Londres, ó en Berlín, hay quien presume
Coronar á jumentos? Ni de broma.

Por muchos años estudiar la *Summa*,
Ó en largos comentarios á Graciano
Y al Digesto, gastar más de una pluma,

Conviene al extranjero ó ciudadano
Que en la Divina Ciencia, ó *in utroque*
Jure, pretende el lauro soberano.

Lauro que para frentes de alcornoque
No se hizo á la verdad; ni para diestras
Ya acostumbradas á blandir estoque.

Mas tales son, en general, las muestras,
Que ven de nuestra raza mexicana
De Europa las científicas palestras.

Va un joven, en edad ya no temprana,
Y que hace más madura la malicia,
De aprender y estudiar con poca gana;

De un rico mercader, mas sin pericia
En la instrucción, se entrega á la tutela,
Para su educación nada propicia.

Éste lo manda á la primera escuela
(Mahometana ó católica, no importa)
Que algún público aviso le revela.

Los recursos al mozo no recorta,
Y no vuelve á inquirir si es malo ó bueno,
Si estudia ó no, si bien ó mal se porta.

Llegan las vacaciones: en el seno
De su honrada familia no lo admite,
Y en el mundo sumérgelo de lleno.

En vicio y lujo el colegial compite
Con los hijos de príncipes y *lores*
Sin que al banquero se le dé un ardite;

Y disipa en un mes sumas mayores
Que las rentas del padre en todo un año
Graduándose, no en letras, en amores.

¿Con tan errada dirección, extraño
Será, decid, que un viaje ultramarino
Cause á la juventud tan grave daño?—

No ha sido tal vuestro feliz destino,
Afortunados hijos de Zamora
Que crecisteis al pie del Esquilino.

De la Esperanza la gentil Señora
Os guió benigna á la Ciudad Eterna,
De vuestra vida apenas en la aurora.

Blanda como la cera el alma tierna,
El sello de piedad recibir pudo
Que vuestros pasos hoy norma y gobierna.

De la ciencia Teológica el escudo
Os enseñó á embrazar atleta fuerte,
Y os avezó al sudor del circo rudo.

Obedientes á ser *cual cuerpo inerte*,
Y por la salvación de una sola alma
A despreciar, y aun á buscar la muerte,

Se os enseñó también. La que en la calma
Del retiro ganasteis, hoy al mundo
Ostentad, de saber dorada palma.

Mostrad cuán diferente es el profundo
Aprendizaje de escolar constante,
Que evita de la tierra el cieno inmundo;

Que aunque años y años pasen, adelante
Camina de las letras por la larga
Senda, sin vacilar un solo instante,

Y el del afeminado, á quien amarga
Parece la más suave disciplina,
Y el más ligero obstáculo aletarga.

Pero no bastan, no, ciencia y doctrina.
Mostrad al mundo con preclaros hechos
Que de Dios el amor sólo os domina.

Ofreced al peligro vuestros pechos;
Y adondequier que la obediencia os mande,
Marchad sin replicar siempre derechos.

Al desierto, á la costa, allá del Ande
Id á la cumbre; casa y parentela
Dejando sin pesar, con alma grande.

Si de Israel lo quiere el centinela,
Pasad en infestado lazareto
Días y noches, en piadosa vela.

Si á uno tocó permanecer sujeto
A superior sin letras, no replique,
Ni rehuse enseñar el alfabeto.

Con igual gusto el Evangelio explique
A la nobleza de vistosa corte,
Y al *topil* degradado y al cacique.

Con paciencia á los émulos soporte,
Y escúdelo de lenguas viperinas
Su severa virtud y austero porte.

Sírvanle de escarmiento las ruínas
Do la virtud se hundió de más de un santo,
Y crezca *sicut liliū inter spinas*.

Cuando las penas cérquenlo, su llanto
De la Madre feliz de la Esperanza
Venga á enjugar bajo el celeste manto,

Y en invierno ó verano, ya en bonanza,
Ya en la tormenta, sírvale de guía
De Roma la purísima enseñanza.

Si tales os mostráis, llegará el día
En que no copie, quien medite en viajes,
Los tipos que la audaz sátira mía
Os presentó, de necios personajes.

UN DIA DE GLORIA

O LA

VIRGEN DE LA ESPERANZA.

SOLILLOQUIO DEL LIC. TIRSO R. CORDOBA.

El teatro representa una fértil y hermosa campiña á la margen derecha del río Celio que cruza á inmediaciones de Jacona. Sentado en una peña, bajo la sombra de un frondoso sabino, aparece el anciano Néstor, de edad como de 70 años, de blanca y luenga barba, de calva frente, de expresión y dulce fisonomía. Lleva un grueso bastón para apoyarse.

Al comenzar el monólogo, Néstor pone oído atento á los alegres y últimos ecos de una salva de cohetes y repiques que anuncian gran fiesta en la ciudad vecina. El anciano, descubriéndose la cabeza y dejando el sombrero junto á la peña, se levanta y dice después de una ligera pausa:

¡Bendito, Señor Dios, por siempre seas!
¡Con qué magnificencia se engalanan
Los altos cielos que tu gloria dicen,
Y el firmamento que tus obras narra!
De inefable emoción temblando el pecho,
De gratitud y amor henchida el alma,
Deja, Señor, que con mezquina lengua
Dé á tu nombre también tierna alabanza
El hombre que destino tan excelso
Alcanzó de tu mano soberana,

Con igual gusto el Evangelio explique
A la nobleza de vistosa corte,
Y al *topil* degradado y al cacique.

Con paciencia á los émulos soporte,
Y escúdelo de lenguas viperinas
Su severa virtud y austero porte.

Sírvanle de escarmiento las ruínas
Do la virtud se hundió de más de un santo,
Y crezca *sicut liliū inter spinas*.

Cuando las penas cérquenlo, su llanto
De la Madre feliz de la Esperanza
Venga á enjugar bajo el celeste manto,

Y en invierno ó verano, ya en bonanza,
Ya en la tormenta, sírvale de guía
De Roma la purísima enseñanza.

Si tales os mostráis, llegará el día
En que no copie, quien medite en viajes,
Los tipos que la audaz sátira mía
Os presentó, de necios personajes.

UN DIA DE GLORIA

O LA

VIRGEN DE LA ESPERANZA.

SOLILLOQUIO DEL LIC. TIRSO R. CORDOBA.

El teatro representa una fértil y hermosa campiña á la margen derecha del río Celio que cruza á inmediaciones de Jacona. Sentado en una peña, bajo la sombra de un frondoso sabino, aparece el anciano Néstor, de edad como de 70 años, de blanca y luenga barba, de calva frente, de expresión y dulce fisonomía. Lleva un grueso bastón para apoyarse.

Al comenzar el monólogo, Néstor pone oído atento á los alegres y últimos ecos de una salva de cohetes y repiques que anuncian gran fiesta en la ciudad vecina. El anciano, descubriéndose la cabeza y dejando el sombrero junto á la peña, se levanta y dice después de una ligera pausa:

¡Bendito, Señor Dios, por siempre seas!
¡Con qué magnificencia se engalanan
Los altos cielos que tu gloria dicen,
Y el firmamento que tus obras narra!
De inefable emoción temblando el pecho,
De gratitud y amor henchida el alma,
Deja, Señor, que con mezquina lengua
Dé á tu nombre también tierna alabanza
El hombre que destino tan excelso
Alcanzó de tu mano soberana,

Y por cuya ventura dispusiste
Tanta belleza y maravilla tanta!
Si á los rumores del sonante río
Puede unirse mi voz; si con las auras
Que van á despertar con castos besos
A las aves que oculta la enramada
Y á los lirios que tímidos recogen
De su cáliz purísimo las galas,
Pueden volar mis lánguidos suspiros;
Y si en pos de la alondra, que levanta
Su vuelo y su canción hasta la altura
En tan alegre y plácida alborada,
Pueden llevar al pensamiento mío
De la fe y el amor las fuertes alas;
Acoge mi oración, con la sonrisa
Que de tus hijos los tributos paga,
Con la sonrisa que embelesa al cielo
Y débil copia con su luz el alba.

¡Supremo Autor de la existencia mía,
Que con pródiga mano tanto alargas
Y en tantos lustros bondadoso llenas
De inapreciables dones y de gracias;
Te adoro, Padre mío, y reconozco
Tu gloria excelsa y perfecciones santas,
Tu singular amor y tu ternura!
Y porque á tus solícitas miradas
No hay tributo mayor que darte pueda
Quien lleva tu divina semejanza,
Que el corazón donde el amor reside,
El pobre anciano el suyo te consagra,
Y tú le aceptarás, porque le ofrece
De gratitud entre copiosas lágrimas
Por las manos purísimas y bellas
De la Madre más tierna y más amada

De tu divino corazón! . . . ¡Oh Virgen
Resplandeciente Estrella de Esperanza! . . .

Néstor no puede dominar su emoción: se sienta de nuevo en la
peña para recobrar-se: está durante un rato pensativo; luego torna á
ponerse en pie, enjugándose las lágrimas, y prorrumpe:

¡Esperanza! . . . ¡Qué nombre! ¡qué recuerdos
En este instante vienen á mi alma
En los alegres ecos rumorosos
De esa tierra bendita que proclama
El regocijo inmenso que la anima
Y la ventura que esperó con ansia!
Pero ¿es un sueño? . . . ¿A mis cansados días
Tañañña dicha el cielo reservaba?
¿De dónde tanta gloria y tal consuelo
Y tal tesoro á mi Jacona amada? . . .

Mas no! . . . no es ilusión. . . la voz sonora
Se oye de las dulcisonas campanas
Que al pueblo de mis padres, á la cuna
Do abrí los ojos á la lumbre clara
Por la primera vez; y al suelo hermoso
Que eligióse la Virgen por morada,
Y al mundo todo, en fin, que al Cristo adora,
Dice de tanto júbilo la causa,
Y de la Reina incomparable y fuerte
El nuevo triunfo espléndido declara;
De la Madre de Dios y Madre Nuestra
De la siempre feliz é Inmaculada! . . .
¿Qué voz dirá la inenarrable dicha
Del gran Pastor que de la Virgen santa
Viene á ceñir purísimas las sienes
Con la corona que la fe le manda,
Y el amor de ese pueblo que la mira
Cual astro bienhechor de su esperanza?

¡El gran Pastor! el generoso amigo
Con quien las horas de mi dulce infancia
Ledas corrieron en los campos verdes
Y del hogar en la apacible estancia,
Cual de Jacona las templadas brisas,
Como del Duero las tranquilas aguas!
Nueve lustros ¡oh Dios! de triste ausencia
Su semblante á borrar no, no bastaran
(Cual no bastaron lágrimas ardientes),
Del pecho mio, que con dulces ansias
A cada nueva de los claros triunfos
De las heroicas luchas y desgracias
Del hijo esclarecido de Zamora
Siempre latió, y en firmes esperanzas
Saludó los fulgores de este día
Y el gozo puro que embelesa á el alma.
Aurora de ese júbilo, recuerdo
Que fué el instante aquél en que las aras
Del Sumo Dios de nuestros padres vieran
¡Sublime ceremonia y veneranda!
Al zamorano joven, ornamento
De la de Tagle esclarecida Casa, *
Orgullo del país de Navarrete,
Decoro de la Iglesia michoacana
Y de la heroica patria de Iturbide
Risueña y fecundísima esperanza,
Ofrecer al Señor por vez primera
La víctima de amor pura y sagrada.
Los rayos apacibles de esa aurora
El porvenir de gloria presagiaban
Del virtuoso Ministro del Santuario,
De la corona de las nobles canas

* El Seminario Tridentino de Morelia.

De aquellos padres que benditos fueron
Del tronco suyo en tan ilustre rama.

Cuando á la Virgen, cuyo casto seno
Fué tálamo de Dios, limpio y sin mancha
El joven escogió por clara guía
Y se puso á la sombra de sus alas,
Mística voz que traducir no pueden
El arte, el genio ni la lengua humana,
Dulce cual rica miel, y más suave
Que armonías angélicas, es fama
Que por los aires resonó diciendo:
“¡Dichoso quien su vida me consagra,
Quien busca los aromas de las flores
Que á mi Huerto embellecen y embalsaman,
Quien suspira tan sólo por la gloria
Que mi frente refleja soberana!
¡Grande será su nombre y bendecido
Por cuanto el mundo en su extensión abarca!”

Dejó á muy luego el ardoroso joven
Su dulce hogar y sus campiñas gratas;
Pero al volver los anublados ojos
A las paternas lindes que dejaba:
“¡Acepta, Señor Dios, el sacrificio!
¡Tuyo es mi corazón, oh Virgen Santa!
La frágil quilla á su destino ignoto
Llegue por tí, Lucero de Esperanza!”

Dijo, y con tierna y plácida sonrisa,
La sonrisa del mártir, se adelanta
Por los amenos campos de Zamora
Que va regando el joven con sus lágrimas!

..... (Pausa.)

Después en otro campo más fecundo
Pone Pelagio su segura planta,

Y en él do un tiempo con afán ardiente
De saber y virtud cortó las palmas
Que ornan su frente, cual primer tributo
Del amor á la Virgen de su alma,
Lleva á la juventud porque recoja
Los tesoros también que no se acaban,
Que alumbran á la humana inteligencia
Y que del corazón la dicha labran.
¡Cual bendice de entonces sus esfuerzos
La Madre celestial de su Esperanza!
¡Cómo publica por doquier sus triunfos
La escogida porción de aquellas aulas
Que da lustre á la Esposa del Cordero
Y á ser llega el decoro de la patria:
De aquellos astros que en radioso curso
Por la esfera cruzaron azulada
Dejando su benéfica influencia
En la ferace tierra michoacana!
De Portugal, y Rivas, y Munguía
Siguió la huella luminosa y clara,
Y su doctrina y generoso ejemplo
Gratos motivos fueron de alabanza.
"Todo para la Virgen, se decía;
Todo para esa luz de mi Esperanza,
Todo para ese Rey, bendito fruto
De sus santas purísimas entrañas!"
Y ¡qué sublimes glorias no conquista
Quien lucha con ardor por esa causa?
Así de admiración y gozo llena
Vió aquella edad, por que suspira el alma
Que el fiel amigo de la infancia mía
Nueva espléndida gloria conquistaba.
Eran los días en que el mundo absorto
Saludaba á la Reina Inmaculada

Cuando su felicísima victoria
El inmortal Pontífice cantaba.
¿Qué santa inspiración, qué noble impulso
De Pedro al sucesor fuerte agitara
Que así eligió de entre el cristiano pueblo
Que con cariño paternal amaba
Al Hijo de Zamora, porque fuera
El Pastor de una grey que le es tan cara
A la Madre de Dios? Lo sabe el cielo
Que al nuevo ilustre príncipe exaltaba
Y á misterioso y superior destino
Quiere llevar su combatida barca
Entre las sirtes que al piloto asustan
Y entre las olas de la mar hinchada.
¡Glorioso padecer! ¡Lucha sublime
En que las almas grandes se levantan
Por el aliento y esplendor del Verbo
Como en nuevo Tabor transfiguradas!
Acá los hijos de la patria, y fieles
Hijos también del Cristo, y de la Santa
Virgen Madre de amor, ¡en qué congojas
Y en qué océano de lágrimas amargas
Sumergidos quedaron, cuando el cielo
Tan lejos ¡ay! llevóse su esperanza! . . .
Siete veces de frutos y de flores
Cubrióse el suelo de la hermosa patria,
Sin que la nave rápida trajera
A quien dejando sus risueñas playas,
Fué á las orillas del undoso Tibre
A aumentar la corriente con sus lágrimas! . . .
Pero entonces también, cual otro tiempo,
Volvió Pelagio al cielo su mirada
Y exclamó, recordando su destino:
¡Virgen, cándida luz de mi esperanza!

De estas sombras el horror disipa,
Y del proscrito las angustias calma,
Y el nuevo sol contemplaré gozoso
Que ha de alumbrar la tierra de mis ansias!
La Santa Virgen escuchó amorosa
Del Pastor la tiernísima plegaria;
Y México le vió de mayor brillo
Su ungida y noble frente coronada,
Volver un día á su querido suelo
Trayendo, mensajero de esperanza,
De dichas y de paz la grata nueva
Que reanimó la moribunda patria.
A regir, cual un tiempo, no venía
A la piadosa grey que tanto amaba
Y que en llanto de gozo y de tristeza,
En su seno al mirarle, se desata;
Mas la Puebla, adorando los decretos
De aquella augusta Providencia sabia,
Con santa envidia celebró la dicha
Que la ilustre Metrópoli ganara.
Pero ¡ay! cuán presto las alegres horas
Y los consuelos en el mundo pasan;
Y ¡cuál como los sueños se disipan.
Las más firmes y bellas esperanzas!
De nueva tempestad las iras negras
La navecilla horribonas contrastan,
Y á mayores peligros y congojas,
A tremendas é insólitas desgracias
Arrojan al piloto, y con hundirle
En el piélagos hirviente le amenazan!
No: que la Estrella que alumbró su vida
De nuevo al puerto llévale que guarda
Para su corazón ricos tesoros
Y tan gratos consuelos á su alma.

Allá en la tierra por la sangre pura
De los atletas de Jesús regada,
Donde nacen, y crecen, y se cortan
Por la fe y el amor gloriosas palmas;
Allá le espera con abiertos brazos
Y paternales cariñosas ansias
Aquel Pío felice, el mártir noble,
Que sonriendo apura las amargas
Heces de su dolor, y con su aliento
Le hace tornar al cielo las miradas!
No en vano el Hijo de Zamora ilustre
Aprende en esa escuela soberana
A presentar el esforzado pecho
En los combates de la Cruz sagrada.
Si la luz de su clara inteligencia
Con el choque aumentó de la desgracia;
Si á más experta dirección la mano
Del gran piloto viérase entregada
Recorriendo los mares anchurosos
Y de otras tierras las remotas playas;
Aun faltaba á su espíritu alto ejemplo
Que de su fe templara la coraza,
Y era el sublime ejemplo que dió al mundo
El egregio Pontífice Monarca
Y la solemne voz que por los muros
Resonó de la estancia Vaticana.
Allí, más grande que las grandes tumbas
De los Egipcios reyes que admirara
Pelagio un tiempo, contempló el sepulcro
Del Santo Pescador, y al punto el alma
Al cielo levantó do su destino
Con letras de diamante escrito estaba.
"Gracias, clamó, con sollozantes voces:
¡Gracias, Señor; y á tí, Virgen sagrada,

Estrella de los mares de mi vida,
Iris encantador de mi esperanza!"
Y volvió luego más glorioso y fuerte
Al gran combate de su dulce patria!

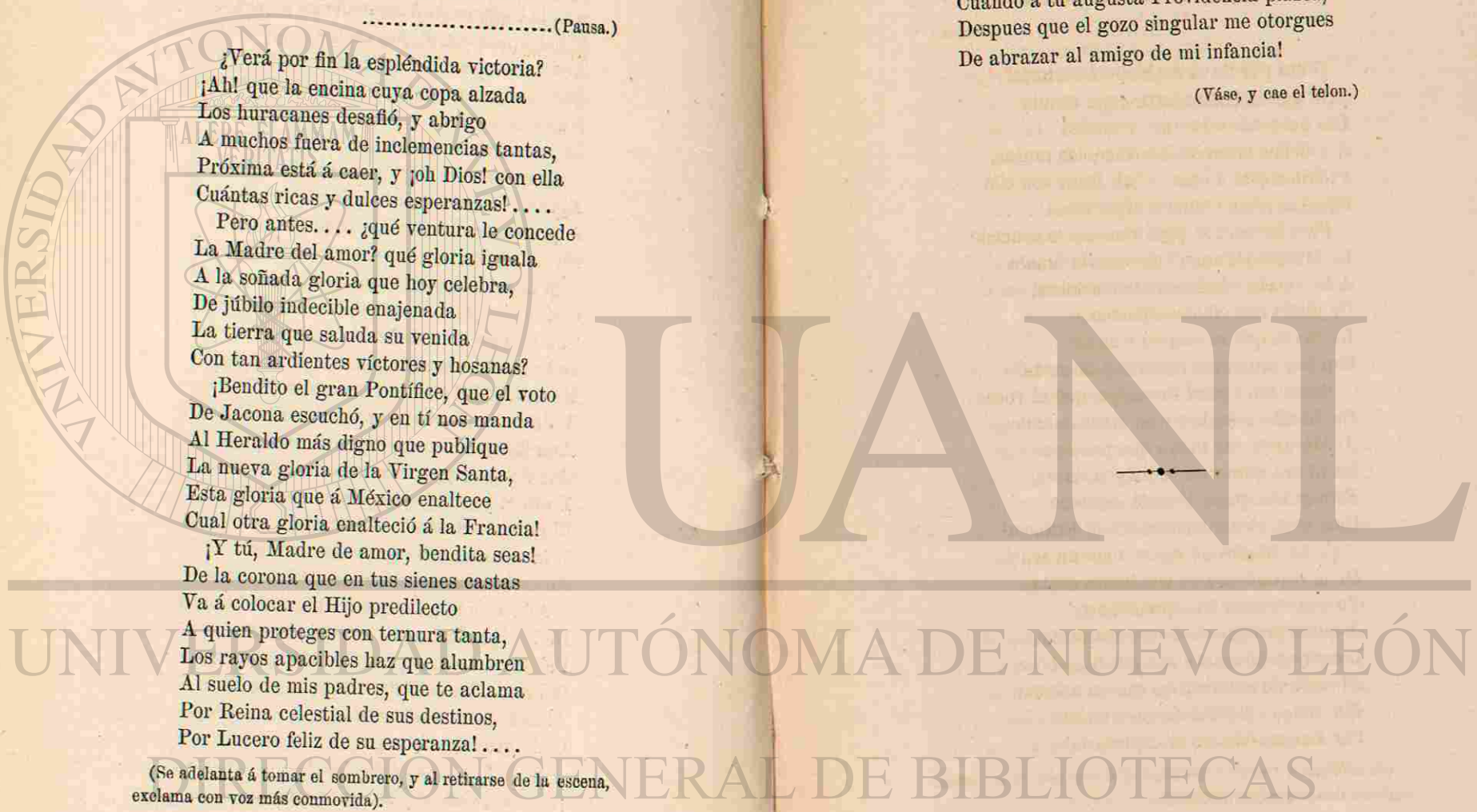
..... (Pausa.)

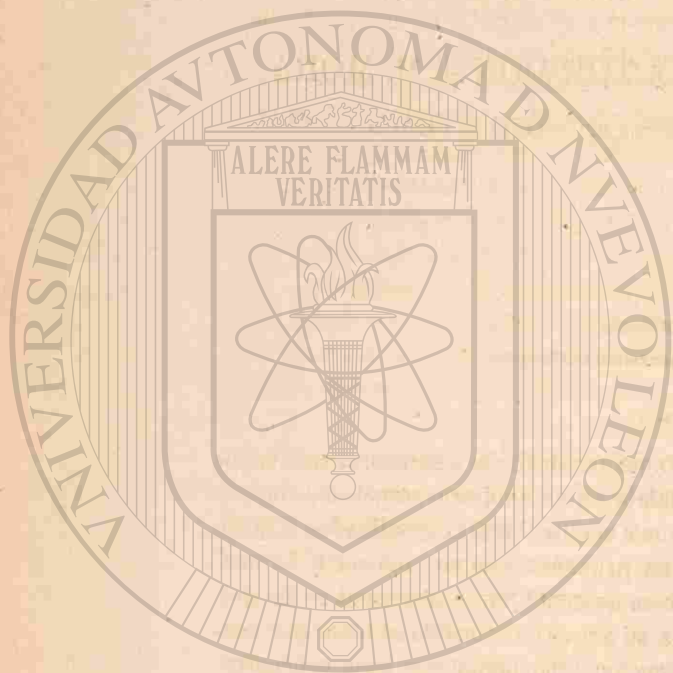
¿Verá por fin la espléndida victoria?
¡Ah! que la encina cuya copa alzada
Los huracanes desafió, y abrigo
A muchos fuera de inclemencias tantas,
Próxima está á caer, y ¡oh Dios! con ella
Cuántas ricas y dulces esperanzas!
Pero antes. . . ¿qué ventura le concede
La Madre del amor? qué gloria iguala
A la soñada gloria que hoy celebra,
De júbilo indecible enajenada
La tierra que saluda su venida
Con tan ardientes victores y hosanas?
¡Bendito el gran Pontífice, que el voto
De Jacona escuchó, y en tí nos manda
Al Heraldó más digno que publique
La nueva gloria de la Virgen Santa,
Esta gloria que á México enaltece
Cual otra gloria enalteció á la Francial!
¡Y tú, Madre de amor, bendita seas!
De la corona que en tus sienes castas
Va á colocar el Hijo predilecto
A quien proteges con ternura tanta,
Los rayos apacibles haz que alumbren
Al suelo de mis padres, que te aclama
Por Reina celestial de sus destinos,
Por Lucero feliz de su esperanza!

(Se adelanta á tomar el sombrero, y al retirarse de la escena,
exclama con voz más conmovida).

¡La mía está cumplida! . . . ¡Dios eterno,
Que así consuelas mi vejez cansada!
Cortar puedes el hilo de mi vida
Cuando á tu augusta Providencia plazca,
Después que el gozo singular me otorgues
De abrazar al amigo de mi infancia!

(Váse, y cae el telon.)





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO

DEL DOCTOR DON J. M. MORA,

RECTOR DEL COLEGIO DE VARONES.

A. M. D. D. Q. G.

Ilmo. Sr. Arzobispo.

Reverendísimos Señores Obispos.

SEÑORES:

Hace un año me arredraba al solo pensar que había de dirigir la palabra á un auditorio respetabilísimo; la pluma caía de mis manos al trazar desaliñados conceptos, palpaba mi pequeñez y no me atrevía á hablar. Hoy mi turbacion aumenta, mi incapacidad se me presenta con toda su amplitud, tiemblo al tener que ocupar vuestra atención, temo manifestar bajos conceptos, no soy, ni puedo ser arrogante cuando me veo ante personas venerandas que justamente han merecido el glorioso epíteto de sabios; desfallece mi ánimo ante un selecto auditorio al que me creo indigno de hablar é incapaz de cautivar. Mas una necesidad imperiosa me obliga á desplegar mis labios, y espero de vosotros que sois esclarecidos en ciencia y virtud, me compadezcáis con vuestra acostumbrada benevolencia, y permitáis haga fijar por unos momentos vuestra atención sobre un asunto de cuya grandísima importancia todos esta-

mos íntimamente convencidos, cual es la educación de la juventud.

Si estudiamos al hombre en todas las latitudes, del uno al otro polo; en todos los climas, desde la abrasadora zona tórrida hasta los hielos de la glacial; en todas las naciones con sus diversas leyes y constituciones políticas; en todos los estados desde el culto habitante de populosa ciudad hasta el errante salvaje de los bosques; en todas las edades desde la infancia hasta la decrepitud, observaremos que varían sus costumbres, sus gustos, sus inclinaciones, mas no el pensamiento dominante de apetecer y procurar la felicidad. Tal constancia y uniformidad en hombres tan diversos bajo todos aspectos, de opiniones frecuentemente contrarias aun en las verdades de la religión y acerca de ella misma, que no se restringe á razas, edades, tiempos ni lugares; no tiene, ni puede tener otra razón que la de estar fundada en la misma naturaleza, y de haber sido grabada en todos los corazones por su mismo Autor. Hacer al hombre feliz es una empresa nobilísima que se ha reservado el mismo Dios; Él es quien llena todas sus aspiraciones, sacia todos sus deseos; Él, como que tiene el dominio absoluto de la naturaleza toda, se constituye á sí mismo el único objeto final en cuya posesión el hombre ya nada espera, nada ambiciona, de nada siente fatiga, tedio, temor ó disgusto, porque poseé todo el bien que quiere y desea, y todo cuanto puede querer ó desear. Para saciar estos naturales deseos del hombre, Dios mismo ha hecho ostentación de la infinidad de sus beneficencias, elevándolo al orden sobrenatural para que pueda ser admitido á disfrutar de la misma felicidad de que Él goza, como nos lo atestiguan las augustas verdades de nuestra sagrada religión, increíbles, por el grande amor que en ellas desplega Dios, para quien no tiene

el sublime dón de la fe. Siendo, pues, connatural en el hombre, innato, por decirlo así, el deseo de la felicidad y el único móvil de todas sus operaciones, aun de las más repugnantes, se comprende desde luego la importancia de todo aquello que contribuye á la misma felicidad, que á ella coopere, y que á ella conduzca. He aquí, señores, por qué, proponiéndome en la presente solemnidad encomiar la obra de la educación de la juventud, me esforzaré en desarrollar el siguiente tema: La educación hace al hombre feliz. No quiero decir que la educación sea formalmente la felicidad del hombre, lo que sería un error; el sentido de mi proposición es, que la educación abre las puertas de la felicidad, presenta objetos que hacen gozar al hombre en el seno mismo de las penas y sufrimientos de esta vida, y muestra, enseña y alienta á seguir el camino cuyo término es una dicha sin fin, ni disminución, ni cansancio. No esperéis argumentos nuevos, todos son demasiado conocidos.

El ser más privilegiado de la naturaleza es el hombre: dotado de alma inteligente, se asemeja á los espíritus angélicos y al mismo Dios, mientras el cuerpo con su organismo nos da á conocer la vida animal en su más alto grado de perfección. La materia lo tiene sujeto á la tierra, mas su alma simple y racional rompe, por decirlo así, las cadenas que la atan al cuerpo, vuela en alas de la inteligencia y se eleva hasta al mismo Dios. Se goza por pocos momentos en los placeres materiales, mas bien pronto se apercibe que no le sacian, que no está en ellos su fin, la razón de su ser; los que más le embelesan son los del alma, los del entendimiento y la voluntad. Obra siempre por el bien; todo lo toma bajo la razón de bien. La verdad, bien del entendimiento; la rectitud, bien de la voluntad, lo llenan, satisfacen sus deseos, le hacen entrever la felicidad. La educación le

presenta estos dos objetos, le proporciona estos dos bienes; ella lo guía á la ciencia y la virtud, y el hombre sabio y el hombre virtuoso es el que goza, el que es feliz, y fuera de la ciencia y la virtud los goces y placeres son efimeros, llenos de amargura, y causan ansiedad, tedio y temor. La educación abre las puertas del saber y ofrece un campo vasto y amenísimo á la inteligencia donde le brinda, á costa de algunas privaciones, placeres puros, lauros inmarcesibles que coronen su frente; gloria verdadera que se trasmirá de generación en generación. Se verá apartado el niño de sus juegos infantiles, contrariado en los deseos de su edad, le fastidiarán los primeros rudimentos; mas á la aridez de las reglas sucederán las bellezas de la literatura, la magnificencia de la elocuencia, los encantos de la poesía, y gozará estudiando y tratando de imitar á los grandes oradores y poetas que con sus inmortales producciones nos deleitan aún, no obstante que de ellos nos separen largas centurias, y cuyos gloriosos nombres veneramos nosotros y venerarán nuestros pósteros. No se cansará de admirar el acierto del bien decir y expresar los pensamientos, las galantes formas con que saben revestirlos los talentos superiores: al ver tan bien manejado el idioma patrio, se prenda de él, estudiará todos sus giros, modismos y bellezas, y á su vez dará á luz las concepciones de su inteligencia, fruto de largas horas de no interrumpido pero grato trabajo. En los planteles de educación se abren las puertas del saber, y de allí salen hombres que con el geólogo penetren hasta las entrañas de la tierra, recorran sus capas, estudien su naturaleza, su formación, sus cataclismos, establezcan bellísimas teorías acerca de ella, en consonancia todas con las verdades bíblicas; que con el astrónomo se eleven hasta las regiones siderales, sor-

prendan á los astros en su movimiento, les arrebatan sus secretos, determinen las leyes á que están sujetos, las órbitas que recorran, el tiempo en que deberán hacerlo, las materias de que se forman; que con el botánico recorran los valles y praderas, las colinas y los montes, estudien el reino vegetal en toda su magnificencia, en todos los climas, en todos los terrenos desde los más feraces hasta los más áridos, penetren en las selvas vírgenes desconocidas hasta entonces, describan y clasifiquen los árboles, arbustos y plantas, den á conocer su germinación, su desarrollo, sus flores y sus frutos; que con el zoólogo se dediquen á conocer el reino animal, visiten los peces en las profundidades de los océanos, lagos y ríos, las fieras en los bosques, los reptiles en las grietas de las rocas y cavidades de la tierra, las aves en los aires, escudriñen sus instintos, su vida, su reproducción; que con el paleontólogo excaven el globo terrestre, y con áridos fósiles, pero de inapreciable valor, reconstruyan y den á conocer todo un mundo de especies desconocidas en la actualidad, deduciendo de aquí verdades importantísimas acerca de las épocas antediluvianas; que con el arqueólogo remuevan la tierra, descubran los monumentos que nos legaron nuestros antepasados, los interpreten, y ofrezcan preciosísimos auxilios al historiador para completar sus noticias acerca de la antigüedad, y nos puedan decir lo que fueron nuestros padres, sus opiniones y costumbres, sus virtudes y sus vicios, su barbarie y su cultura, sus glorias y sus desgracias; que con el matemático estudien, compongan y descompongan la cantidad discreta y continua, se extasíen resolviendo los problemas más difíciles, determinen las propiedades de las líneas, superficies y volúmenes, pongan en ecuaciones algebraicas los problemas geométricos, se engolfen en el cálculo infini-

tesimal; que con el mecánico establezcan y demuestren evidentemente las leyes del movimiento y equilibrio con todas sus aplicaciones; que con el físico examinen los fenómenos todos de la naturaleza, den á conocer sus propiedades, demuestren filosóficamente su causa, y reduzcan todas las fuerzas físicas á la bellísima y profundísima teoría de la unidad; que con el químico analicen todas las sustancias materiales, separen sus elementos é investiguen en todos los cuerpos su composición. Todas estas ciencias satisfacen al entendimiento, lo embelesan y le proporcionan gratas ocupaciones.

Y si de las ciencias naturales pasamos á la filosofía racional, el campo de la inteligencia se dilata más y más; no se advierte el horizonte, como que es la órbita propia de la razón, donde despliega todas sus fuerzas, toda la profundidad, la sutileza toda de los talentos más grandes, más agudos, más perspicaces. Allí comenzará por establecer las reglas á que deba sujetarse la lógica natural, para no errar en sus ratiocinios; allí se gozará en las sublimes abstracciones de la metafísica, ciencia grande aun en la misma absurdidad de sus errores, que reclaman suma agudeza é ingenio para ser desechos y pulverizados; allí se demostrará la espiritualidad, libertad é inmortalidad del alma humana, se esclarecerán los grandes misterios que intervienen en las relaciones de la materia con el espíritu; allí, partiendo de las criaturas contingentes, limitadas y perecederas, se llegará al ser que existe por la necesidad de su naturaleza, que es infinito, perfectísimo, eterno, al mismo Dios; allí, en la ética, se determinarán las relaciones y deberes del hombre con la divinidad, con la humanidad, consigo mismo; se demostrará la ley natural que Dios ha insculpido en su corazón, refutando al mismo

tiempo las aberraciones de entendimientos pervertidos acerca de la suprema regla á que estamos sujetos.

Mas ¿paran aquí los bienes que la educación ofrece al entendimiento humano? No, señores. La revelación presenta verdades más altas, más sublimes, los mismos secretos de Dios, la Divinidad misma. Ante ella enmudece la razón, los ratiocinios humanos tienen que ceder, Dios es quien habla. La ciencia de Dios, ó sea la Teología, exige la servidumbre de todas las otras ciencias, que en nada pueden contrariarla sin errar. La razón toma la revelación como fundamento y principio, é investiga sus argumentos, y se siente sublimada al secundar á Dios estableciendo y dando á conocer las mismas enseñanzas de la Divinidad.

A esto se dirigen y ordenan las instituciones de la educación al presentar al entendimiento las diversas ciencias en que puede investigar la verdad; en que puede apagar su sed de saber; con que puede sustraerse á la guerra de las pasiones; con que puede, por lo mismo, llenarse y ser feliz, puesto que la felicidad está en procurar y alcanzar el fin de cada potencia del alma. Mas esta felicidad no es completa: el hombre, entregado del todo á las ciencias, no hace más que declinar al enemigo que se opone á su felicidad; es semejante al soldado que defiende fortaleza inexpugnable; su victoria es negativa, vence porque no puede ser atacado con éxito feliz. La parte del hombre destinada especialmente á gozar es la voluntad, y para hacerle feliz, la educación debe proponer su bien á esta potencia. A ella se dirigen todos los ataques del enemigo, se coliga con las pasiones, mueve todos los resortes; halágala unas veces satisfaciendo todos sus apetitos; contrariála otras ofreciéndole riquezas, honores, placeres; ora se abaja hasta envilecerse, ora se presenta soberbio, altivo; todo lo tien-

ta, á todo se atreve; no se pára en medios con tal de obtener su fin, que es derribar la voluntad. La lucha entre el mal y el bien, entre el vicio y la virtud, entre el pecado y la gracia es terrible, su éxito decisivo; vence el mal, el vicio y el pecado; el hombre se agrava con un cúmulo de desgracias; vence el bien, la virtud y la gracia, y el hombre es dichoso, y esta desgracia ó felicidad se prorrogarán eternamente según el estado del último momento de existencia. He aquí por qué la parte más noble de la educación consiste en infundir en los tiernos corazones de la niñez el amor al bien moral, en enseñarles á manejar las armas con que han de vencer al enemigo, en formar hombres verdadera y sólidamente virtuosos, á lo cual debe subyugarse la ciencia como menos principal, porque el hombre únicamente sabio en parangón del hombre virtuoso es un yerto cadáver que carece de la vida más apreciable, cual es la que resulta de la unión con Dios por la virtud.—La educación presenta al niño el bien moral con todos sus bellos atractivos; le enseña á gozarse en hacer bien á sus semejantes, á agradarse en sus mismos sacrificios, á sobrellevar con santa paz y resignación verdaderamente cristiana las penas y sufrimientos de esta vida, tristes consecuencias de la desobediencia de nuestros primeros padres; lo invita á desprenderse de la tierra para fijarse en el cielo; y si logra infundir tanta abnegación y tal desprendimiento que haga despreciar los bienes terrenos, todos los honores y los placeres todos que el mundo puede ofrecer; si hace que declare guerra abierta á las pasiones y aun á la misma naturaleza; si llega á tanto que se goce más careciendo que disfrutando de los mismos bienes, entonces habrá formado uno de esos ilustres héroes que ofrece al mundo como prueba de su origen divino nuestra santa religion, y que veneramos

en los altares; entonces se habrá llenado cumplidamente el fin de la educación, y se mostrará gozosa al presentar al mundo un ser que atraiga las miradas de sus semejantes, que pame á la naturaleza con la victoria misma que sobre ella alcanza. Estas victorias repetidas son las que dejan más gratos recuerdos, las que más hacen gozar. El mal y el vicio más ó menos tarde causan atroces tormentos; el bien y la virtud suavizan los padecimientos mismos. Todos, ó voluntariamente ó por una fuerza superior deberán dolerse del mal; todos se alegran del bien. Así es que, hacer al hombre bueno y virtuoso es hacerlo feliz y, lo que es más, disponerlo á una felicidad incomparablemente mayor.

Ved aquí, señores, por qué dije que la educación hace feliz al hombre. El móvil de todas las operaciones de este ser inteligente es el bien, el cual se encuentra en la verdad y bondad, bienes que le propone la educación en la mayor amplitud de que es capaz en esta vida, y por lo mismo allí encontrará su mayor felicidad, y el hombre mejor educado será el más feliz.

¡Amados niños! las puertas de la felicidad se abren ante vosotros. Amad la verdad. Por su amor os habéis alejado de vuestro país natal, os habéis privado de las caricias maternas, de los encantos de vuestro suelo. Pues bien, aplicaos á investigarla, dedicaos á adquirirla, no excuséis fatiga ni trabajo; fijad desde ahora vuestras miradas en el lauro que adornará vuestras frentes. Algunos años de privaciones y desvelos os harán después gozar como goza el sabio.—Amad la virtud, poseos de sus encantos, admirad sus bellezas y esforzaos en obtenerla. Grabad en vuestros puros y tiernos corazones el deseo de ser buenos y benéficos y seréis felices. No olvidéis jamás las palabras que hoy os dirijo; ellas han sido dictadas por el grandísimo deseo que tengo de

cooperar á vuestra felicidad. Colocad en vuestro corazón la importantísima verdad de que el lugar preferente debe ocuparlo la virtud y sobre ella se elevará el edificio de la ciencia.—Conservad siempre como un grato recuerdo la memoria de este día feliz en que nuestra distribución de premios ha sido honrada con la presencia de personas eminentes en ciencia y virtud.—El Illmo. Sr. Arzobispo de México, á quien tanto debe nuestra Iglesia, que sabia y prudentemente ha gobernado en tiempos procelosos, y á quien debemos gratitud, se complace en distribuiros los premios que habéis merecido en el año que acaba de terminar.—El Illmo. Sr. Montes de Oca, honra de nuestro amado Colegio Pío-Latino-Americano, os alienta con su presencia y os invita á ceñir vuestras sienes con la corona que las suyas adorna.—El Illmo. Sr. Moreno os dice que la virtud se busca en la oscuridad del claustro para hacerla resplandecer en el mundo haciendo bien.—Toda esta ilustre concurrencia os asegura que no ve indiferentemente la obra de la educación de la juventud, sino antes quiere cooperar á que se promueva.—Y ¿qué os diré del Fundador de estos Planteles? qué de su anhelo por la educación de la juventud, cuando nosotros mismos somos de ello una prueba, cuando estos edificios hablan tan elocuentemente, y lo proclaman bienhechor de la juventud? nada podría deciros que fuera elogio, no ya superior, mas ni aun suficiente, para quien tanto ha merecido. Hable Jacona y ella os referirá las obras de educación que le dan derecho á su gratitud. Yo solo os ruego que hagáis siempre gratos recuerdos de él, y lo consideréis como aquél á quien Dios ha escogido para haceros bien, siendo él el vínculo que á todos nos une.

COLEGIO DE LA PURISIMA CONCEPCION.

NOMBRES DE LOS ALUMNOS Y ALUMNAS PREMIADOS.

- Premio en música, la niña María Barrios.
- „ de adelanto en labores, la niña Dolores Piancarte.
- „ de aplicación general, la niña María Toquero.

ASILO DE SAN ANTONIO.

- Premio de buen comportamiento, la niña Margarita del Río.
- „ de adelanto en Religión, la niña Regina Valadez.
- „ de adelanto en quehaceres, la niña Concepción Sepúlveda.
- „ de aplicación general, la niña Dolores García.

CONCURSO.

PRIMERA CLASE.

- Primer premio..... La niña Margarita del Río.
- Segundo premio..... La niña Nieves Sámano.

SEGUNDA CLASE.

- Primer premio..... La niña Juana Ramírez
- Segundo premio..... La niña Luisa Méndez.

TERCERA CLASE.

- Primer premio..... La niña Concepción González.
- Segundo premio..... La niña María Guerra.
- Premio de adelanto en estudios. La niña Ángela Murillo.

COSTURA.

PRIMERA CLASE.

- Primer premio..... La niña Margarita del Río.
- Segundo premio..... La niña Socorro Suárez.

cooperar á vuestra felicidad. Colocad en vuestro corazón la importantísima verdad de que el lugar preferente debe ocuparlo la virtud y sobre ella se elevará el edificio de la ciencia.—Conservad siempre como un grato recuerdo la memoria de este día feliz en que nuestra distribución de premios ha sido honrada con la presencia de personas eminentes en ciencia y virtud.—El Illmo. Sr. Arzobispo de México, á quien tanto debe nuestra Iglesia, que sabia y prudentemente ha gobernado en tiempos procelosos, y á quien debemos gratitud, se complace en distribuir los premios que habéis merecido en el año que acaba de terminar.—El Illmo. Sr. Montes de Oca, honra de nuestro amado Colegio Pío-Latino-Americano, os alienta con su presencia y os invita á ceñir vuestras sienes con la corona que las suyas adorna.—El Illmo. Sr. Moreno os dice que la virtud se busca en la oscuridad del claustro para hacerla resplandecer en el mundo haciendo bien.—Toda esta ilustre concurrencia os asegura que no ve indiferentemente la obra de la educación de la juventud, sino antes quiere cooperar á que se promueva.—Y ¿qué os diré del Fundador de estos Planteles? qué de su anhelo por la educación de la juventud, cuando nosotros mismos somos de ello una prueba, cuando estos edificios hablan tan elocuentemente, y lo proclaman bienhechor de la juventud? nada podría deciros que fuera elogio, no ya superior, mas ni aun suficiente, para quien tanto ha merecido. Hable Jacóna y ella os referirá las obras de educación que le dan derecho á su gratitud. Yo solo os ruego que hagáis siempre gratos recuerdos de él, y lo consideréis como aquél á quien Dios ha escogido para haceros bien, siendo él el vínculo que á todos nos une.

COLEGIO DE LA PURISIMA CONCEPCION.

NOMBRES DE LOS ALUMNOS Y ALUMNAS PREMIADOS.

- Premio en música, la niña María Barrios.
- „ de adelanto en labores, la niña Dolores Piancarte.
- „ de aplicación general, la niña María Toquero.

ASILO DE SAN ANTONIO.

- Premio de buen comportamiento, la niña Margarita del Río.
- „ de adelanto en Religión, la niña Regina Valadez.
- „ de adelanto en quehaceres, la niña Concepción Sepúlveda.
- „ de aplicación general, la niña Dolores García.

CONCURSO.

PRIMERA CLASE.

- Primer premio..... La niña Margarita del Río.
- Segundo premio..... La niña Nieves Sámano.

SEGUNDA CLASE.

- Primer premio..... La niña Juana Ramírez
- Segundo premio..... La niña Luisa Méndez.

TERCERA CLASE.

- Primer premio..... La niña Concepción González.
- Segundo premio..... La niña María Guerra.
- Premio de adelanto en estudios. La niña Ángela Murillo.

COSTURA.

PRIMERA CLASE.

- Primer premio..... La niña Margarita del Río.
- Segundo premio..... La niña Socorro Suárez.

SEGUNDA CLASE.

Primer premio..... La niña Juana Ramírez.
 Segundo premio..... La niña Gertrúdis Vega.

TERCERA CLASE.

Primer premio..... La niña Refugio Arellón.
 Segundo premio..... La niña Concepción González.
 Premio de adelanto en costura. La niña María Saldaño.
 Premio de aplicación general. La niña Dolores Plancarte.

COLEGIO DE SAN LUIS GONZAGA.

Cursaron el quinto año de estudios preparatorios los alumnos:
 Luis Méndez, Manuel de Oyarzábal, Marino P. Gavilán, y Vidal Barrios.

GEOMETRIA ANALITICA.

Premio..... Manuel de Oyarzábal.
 Digno de mención..... Marino P. Gavilán.

El alumno Vidal Barrios por causa justa fué dispensado de esta clase.

RETORICA.

Premio..... Marino P. Gavilán.
 Accésit..... Manuel de Oyarzábal.
 Mención honorífica..... Vidal Barrios.

FISICA Y QUIMICA.

Premio..... Manuel de Oyarzábal.
 Accésit..... Marino P. Gavilán.
 Digno de mención..... Vidal Barrios.

HEBREO.

Premio..... Marino P. Gavilán.
 Accésit..... Manuel de Oyarzábal.
 Mención honorífica..... Vidal Barrios.

INGLES.

Accésit..... Marino P. Gavilán.
 Mención honorífica..... Luis Méndez.
 Digno de mención..... Amado Nervo.

Cursaron el segundo año de estudios preparatorios los alumnos:
 Amado Nervo, Carlos Andrade, Francisco Andrade Canto, Francisco Sevilla, José Celis, Lauro Guzmán, Manuel Castillo, Manuel García Rivas y Rafael Rosas.

ALGEBRA.

Premio..... Francisco Andrade Canto.
 Dignos de mención..... } Carlos Andrade, Manuel García,
 José Celis y Amado Nervo.

LATIN.

Mención honorífica..... Lauro Guzmán.
 Digno de mención..... Francisco Sevilla.

GRIEGO.

Premio..... Lauro Guzmán.

FRANCES.

Mención honorífica..... } Manuel de Oyarzábal y Amado
 Nervo.

HISTORIA Y GEOGRAFIA.

Premio..... Manuel García Rivas.
 Accésit..... Carlos Andrade.
 Digno de mención..... Ascencio Valencia.

GRAMATICA CASTELLANA.

Premio..... Amado Nervo.
 Accésit..... Francisco Andrade Canto.
 Mención honorífica..... Carlos Andrade.
 Digno de mención..... Manuel García Rivas.

El alumno Francisco Andrade Canto, que estudió Teneduría de libros y Código de comercio, es digno de mención especial.

Cursaron el primer año de estudios preparatorios los alumnos: Alejandro Andrade, Antonio Plancarte, Ascencio Valencia, Edmundo Díaz, Juan de D. Villalón, Justino Villalón é Ignacio Cuellar.

ARITMETICA.

Accésit.....	Ignacio Cuellar.
Mención honorífica.....	Francisco Sevilla.
Dignos de mención.....	Lauro Guzmán, Justino Villalón, y Antonio Plancarte.

LATIN.

Accésit.....	Justino Villalón.
Mención honorífica.....	Antonio Plancarte.
Dignos de mención.....	Ignacio Cuellar, Ascencio Valencia y Alejandro Andrade.

FRANCES.

Accésit.....	Ignacio Cuellar.
Mención honorífica.....	Justino Villalón.

Cursaron la clase preparatoria los alumnos: Anárbol García, Bernardo Calero, Emilio Villalón, Francisco Andrade Gómez, Gustavo Gójon, Luis Barroso, Manuel Reynoso y Pablo Ocampo.

ESTUDIOS.

Premio.....	Emilio Villalón.
Accésit.....	Pablo Ocampo.
Mención honorífica.....	Francisco Andrade Gómez.
Digno de mención.....	Manuel Reynoso.

RELIGION.

Merecen igualmente el premio: Francisco Andrade Gómez y Pablo Ocampo.

Accésit.....	Manuel Reynoso.
Mención honorífica.....	Bernardo Calero.
Digno de mención.....	Anárbol García.

PRIMER CONCURSO.

El premio por mayor número de boletos obtenidos en el año, se rifa entre Francisco Andrade Canto y Pablo Ocampo.

SEGUNDO CONCURSO.

El premio por mayor número de boletos obtenidos en el año, se rifa entre Manuel García y Francisco Andrade Gómez.

BUENA CONDUCTA.

Accésit..... Francisco Andrade Gómez.



UNANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

005